

Los Rasgos del Concepto de Mujer y Madre en la Literatura: Una Perspectiva de lo Biológico al Mundo Social

Por Rosario Olivia Izaguirre Fierro y Eustolia Durán Pizaña

Las autoras analizan las distintas configuraciones de la mujer como sujeto madre. Desfilan en este interesante texto la madre asexuada; la mujer madre y su pasión maternal; la madre sexuada y el pecado, la madre maestra; y la madre moderna. En cada una de ellas, se desprenden rasgos que hacen el compendio del trayecto histórico del concepto de ser mujer y madre una tarea que aporta una visión lúcida de la condición humana y el diálogo de sus configuraciones particulares, nacidas cada una de ellas del desencuentro entre la naturaleza y la historia de la humanidad.

Introducción

Eva, nuestra primera madre, la desobediente, la culpable de perder el paraíso, a la que debemos un caminar trajinado de dolores, la que se atrevió a desobedecer y construir otro mundo, la que hizo del paraíso la tierra prometida y el vivir en el mundo un infierno que se anuncia en el amanecer hasta el atardecer, impregnado de la obediencia y el temor, del silencio ahogado en aquellos pechos que manan la leche que hace resplandecer a la humanidad.

Es Eva la lección de la desobediencia, enfrenta lo determinado, dibuja la autonomía para confrontar todo poder, es ella la que hace el mundo, contrario es Adán el obediente, que no confronta, acepta la manzana y la discordia con Dios y, después

culpa a la inocente Eva, para ser enjuiciada como plantea Saramago (2009:19) “Quién ha desobedecido mis órdenes...Adán dijo, La mujer que me distes”. La condena fue inmediata, en su tarea el dolor y la obediencia al hombre es el pago por su atrevimiento.

Así, de nuestra primera madre su pecado, si esto es pecado, es llevar el fruto de la sabiduría a su compañero de paraíso y, con ello plagar el mundo con aquel vientre que reta a la omnipotencia de aquella orden, dar vida entre espasmos con dolor.

En esta orden se determinó que el ser madre era la fuente para ocultar el ser mujer y, con ello las distancias pecaminosas que había que controlar y, la solución es colocarla en esa silueta para que transite por el mundo.

En Eva se encuentra el cuerpo donde se demarca los territorios del mundo, ella es la explicación del ser mujer y ser poseedora de crear al hombre en su vientre, de reconocer el bien y el mal, de encontrar los caminos que construyen el mundo humano. Culpable de retar a Dios lleva consigo haber acercado al hombre a lo que plantea Saramago (2009:21) “habiendo conocido el bien y el mal el hombre se ha hecho semejante a un dios”, remarcando solamente le falto comer del árbol de la vida y ser eternos.

Esta figura femenina llamada Eva es el principio de las miradas que se han posado en una constante de idealizar, martirizar y victimizar a ese cuerpo femenino que en su talle encuentra exigencias morales formando una silueta, que hace vaivén en la historia del concepto madre. Extrae la humanidad este concepto de madre como la explicación del mundo social y natural.

El olvido como mujer es para olvidar esa fuerza de transformar, razón que la coloca en ese silencio, de voz negada, sin importar que conoce el equilibrio de la vida, le niega la presencia a quien impregna de fuerza y tenacidad desde la obscuridad de su vientre a quien portara la mirada para abrirse camino, la pisada para enfrentar los vientos y la caricia de sus manos para pulir el compás de la respiración en la batalla de la vida. Hacer de la mujer solamente madre es para declinar su fuerza total y hacer la creencia de su fragilidad, como dice Heritier (2007:13-15) “entre la fragilidad de esos momentos particulares y la dependencia absoluta del sexo femenino con respecto al masculino en todas las etapas de la vida...sí

ella demanda protección, la fragilidad no implica ipso facto la sujeción”. La creencia de la debilidad de lo femenino no parte de la situación biológica es un constructo simbólico proveniente del trayecto social. En esta creencia de fragilidad se diluyen los valores de amor y justicia que envuelve la receptividad y reverencia como fuerza femenina y se le atribuyen debilidades para fortificar el mundo social.

Iniciar con el concepto de madre es dibujar los rasgos de esa silueta femenina configurada en el trayecto histórico que se proyecta en significaciones sociales, así es posible transitar en la respuesta de la madre en: dadora, revolucionaria, amorosa, soñadora y creadora. En esta amalgama la figura femenina se debate entre el efecto del olvido, la victimación, el silencio, la injusticia y la indiferencia que lleva consigo vivencias que tienen el sentido de significaciones de la idealización de madre.

Es en esta figura, donde el conocimiento social delinea los trazos de la experiencia que da sentido a lo biológico de la naturaleza humana. El propósito es arribar a ese escenario social, donde se entreteje las propuestas que convocan creencias y valores, que confabula en una simbiosis a las dos figuras hasta llegar a diluir a la mujer en la penumbra y la madre hacerla emerger como lenguaje social.

Madre ofrecedora de su vientre: sufrida, abnegada y resignada.

Así, la madre dadora es la que a través de la gestación de su vientre a la gran guerra de la

vida, conocedora del destino del hijo intenta evitarlo hasta verse doblegada por esa fuerza inevitable.

Es la que al no poder evitar el destino se convierte en la dadivosa que brinda a través del hijo, la reverencia no se hace esperar, cuanto amor y valentía lleva consigo el rostro de bondad. Iniciamos con Homero (2009), en la *Ilíada*, con Tetis, la musa del mar e hija de Urano, la que lleva consigo la pureza en la danza de las olas, la que obtuvo la crianza de Hera y casada con un mortal, Peleo. El deseo de esta madre es hacer inmortal a su hijo Aquiles, esto constituye un reto a lo predestinado por los dioses, proveniente de un padre mortal era imposible esa herencia de la madre.

Sin embargo, no hay obstáculo para una madre, después de muchos intentos logra bañarlo en las fuentes del Olimpo y, solamente aquel pequeño talón quedaba como restos de ser un mortal, herencia del padre. Educado por Quirón, “el educador de héroes” (2009:259), no logra escapar a su destino, a pesar de las estrategias de Tetis, una de ellas es el “el travestismo” (2009:262), e inútil, fue descubierta por Odiseo, quien buscaba guerreros para su ejército para la batalla de Troya.

La mirada de esta madre es puesta en el hijo guerrero, cada movimiento la guiaba a ese lenguaje establecido con la vida, su ansiedad por desviar el destino que estaba predestinado por los dioses y los hombres en guerra. Al verle sin las herramientas de guerra perdidas en la muerte de Patroclo, solicita a Hefestos un escudo donde el en-

cuentro de la tierra, los mares, las constelaciones y las ciudades sean la explicación del vivir del hombre y sus afectos, los alcances es pelear por la vida.

Tetis, la madre capaz de hacer de su hijo un guerrero que llevará ese equilibrio del universo en su escudo, dice de la significación que posee como la capaz de preservar la vida. En esta madre se perfila el destino de los hijos ya trazado por los dioses y, que ni ella hace posible diluir.

Esto tiene el alcance de la entereza de la madre en acompañar en el mundo, hace presencia como un faro intermitente de la vida. Es la parte dadora de los artefactos mágicos que le permiten vivir.

No es acaso María, la madre de Cristo conocedora del destino de su hijo, sin embargo, no se opone a éste, al contrario ofrenda su vientre para alimentar a quien como hijo de Dios daría la salvación a la humanidad. Es ella la que alimenta a quien le dará al mundo una filosofía de vida, donde el amor se prodiga en efectos de equilibrio con ese universo desconocido pero pleno de fuerzas que doblegan al hombre.

Es una mujer que configura en la ternura la fortaleza para ser sacrificado sin emitir queja alguna, es ella quien lleva en sus sueños al hijo que reconocerá que la riqueza espiritual es la salvación de lo humano.

Es su figura de madre la que lleva consigo prodigar ternura, fortaleza y resignación ante el dolor.

En estas madres se perfila las líneas de la entereza para seguir las huellas que hacen los hijos al pisar la faz de la tierra, conocedoras de lo efímero de su vida, emprenden la resignación. De ser la ofrenda de la naturaleza en un vientre capaz de irradiar las luces que alumbran la oscuridad del egoísmo y la ambición humana. Son ellas las que graban en su piel, la experiencia para vivir en lo prodigioso de ver en su hijo todas las miradas de la humanidad. En Tetis es el héroe que salva un pueblo, en María es la madre que brinda vida a la humanidad.

El amor maternal y el sueño de la revolución: la madre socialista y la madre estabilizadora de la revolución mexicana.

Un rasgo distintivo de estas madres revolucionarias es su compromiso maternal que se extiende a la justicia social vertida en las virtudes, la sabiduría, audacia, honestidad y poseer un credo distintivo al credo del dios pronunciado por los clérigos en el púlpito eclesiástico. La proclama es destruir a ese dios que se encarna en los poderes de quienes tienen la riqueza del pueblo. En tales virtudes la sabiduría tiene el alcance de liberar la palabra atada en el terror de la religión y la imposición de la explotación del hombre, la audacia se traduce en confrontar esa fuerza que doblega al hombre ante el poderoso y, por último la honestidad para tejer identidades de un nuevo hombre que exige dar.

La madre de la revolución Rusa aquella llamada Pelagia Nilovna, la de los ojos de bon-

dad, la que se asombra de presenciar a los jóvenes y sus deseos de lucha por el pueblo. Personaje de la novela “La Madre” de Máximo Gorki (2007) en ella se encuentra esa mujer madre que evoluciona desde el amor al hijo al amor a la patria. Su plenitud de personaje es de pausas que dinamizan el caminar en los hechos narrados hasta lograr ubicarla como el personaje principal. Del amor de madre que puede nublar su valentía y arrojo, ante el peligro del hijo, hace una lección de razonamiento de lo que significa amar para defender al hijo revolucionario y su lucha por los otros, aquellos que sufren la pobreza, lo injusto y el trabajo sin satisfacciones humanas.

Así se temple su sentido de madre y sus lágrimas y súplicas se transforman en gestos de templanza de la dignidad de ser parte de la revolución: “hubiera querido llorar, abrazar a su hijo, pero junto a ella, el oficial la miraba con aire malévolo, temblándole los labios, agitándosele el bigote, y Pelagia creyó que el hombre aquel esperaba gozoso lágrimas, súplicas y lamentos. Recogiendo fuerzas y hablando lo menos posible, estrecho la mano de su hijo” (Gorki, 2007: 63). Aprendió a formar una silueta templada, pero latiendo en sus pasos el dolor y la desesperanza de un pueblo explotado.

En esta madre su corazón es el latido social de la justicia, su virtud la engrandece al aprender a través del hijo y, en éste el mundo que se despliega en esa caricia comprometida en la lucha revolucionaria, definida en ese acto “puede querer a todos; tiene muy grande el corazón”. Sin embargo es una madre que va más allá de ese amor

reclama su amor egoísta por ese hijo y dimensiona el otro amor el amor de nosotras, de las mujeres, es impuro ¡queremos lo que necesitamos...Y cuando veo a usted pensar en su madre...¿Para qué la necesita?...y a todos los demás que sufren por el pueblo metidos en la cárcel o en Siberia...eso es amor...¡puro amor! Tienen fe” (Gorki, 2007:81).

En esta figura de madre se levanta la protesta por lo injusto se abriga al llamado de esa búsqueda de luchar, de levantar los pasos caídos y en ello su voz “nuestros hijos salen al mundo a buscar alegría, en nombre de todos y en nombre de la verdad de Cristo, van contra todo aquello de que se valen los malvados, los engañadores, los raptos para encadenarnos, estrangularnos y tenernos presos ¡Amigos! Por el pueblo, por el mundo entero, por todos los oprimidos, se han sublevado nuestra juventud, nuestra sangre” (Gorki, 2007:156). La madre se traza su vestidura de transformar el mundo a través de los hijos, participar en la lucha junto a la causa emprendida la lleva hasta la idea de “seré apóstol, por amor a la verdad” (Gorki, 2007:165).

En ella está un proyecto político que emana desde el sentido de orientar lo religioso al escenario de la justicia, a esa entrega por la causa justa. Un segundo momento de fervor es el trabajo, lo subraya Gorki (2007: 164-328): “para ella la idea del trabajo ha ido unida indisolublemente al género de actividad de su hijo”, en n sí, es una madre que se adhiere a luchar por esa verdad que ella ve a través de su hijo, en esa batalla entiende que “no ahogaran la verdad ni en

mares de sangre”. Se reafirma su proyección de maestra convocando cuando exige de acuerdo a Bertold Brecht (1976:41), antes las palabras del maestro “el saber no sirve para nada. Lo único que sirve es la bondad”, le reclama Pelagueia Vlásova, “pues danos tu saber, si no lo necesitas”. Esta propuesta clama a una madre que desprende el sentido egoísta de su mirada a sus hijos, para extender esa entrega maternal al mundo social, trae consigo ese aprendizaje de las madres que fortifican a la comunidad.

En contraparte, la entonación poética de la figura de la madre en los albores del México posrevolucionario, esto lleva a ubicarse en Gabriela Mistral y su canto amoroso. Educar a las mujeres es una equivalencia a educar a las madres creadas en el espacio político que atrae a lo poético como el lenguaje del vivir en un espacio social. En estas figuras de madres se diversifica su función de acuerdo a su estar de esposa y madre, de espacios domésticos y públicos en su trabajo, de su sexualidad y su imagen de protectora del hogar.

La propuesta es entender que se pretende educar en esas mujeres y madres resultantes de una revolución, así, Mistral planta en *Lecturas para Mujeres* (1997: XIII) dos sentidos, pero siempre recae en el mismo punto, la maternidad: “Es extraño: son muy diferentes los asuntos que interesan a niños y niñas. Siempre se sacrifica en la elección de trozos la parte destinada a la mujer, y así ella no encuentra en su texto los motivos que deben formar a la madre. Y sea profesionalista, obrera, campesina o simple dama, su única razón de ser sobre el mundo el de

la maternidad, la material y la espiritual juntas o la última, en las mujeres que no tenemos hijos”; La participación cada día más intensa de las mujeres en las profesiones liberales y en las industriales, trae una ventaja: su independencia económica, un bien indiscutible; pero trae también cierto desasimiento del hogar y sobre todo una pérdida lenta del sentido de la maternidad. Sin embargo, lleva su preocupación a ese horizonte de educar a la mujer en temáticas que atañen al trabajo desde la naturaleza de mujer para el matrimonio, mujer hogar, mujer madre en el mundo social. En sí, es una escuela para educar para el hogar, para expresar en eso ese sentir de lo femenino en el universo de lo humano.

La tendencia de educar a la madre es con la intencionalidad de situarla en ese eje que hace girar la historia de los pueblos y Mistral (1997: XVI) expone, “Para mí la forma del patriotismo femenino es la maternidad perfecta. La educación más patriótica que se da a la mujer es, por lo tanto, la que acentúa el sentido de la familia”. Ese patriotismo crea un espíritu maternal, donde la patria late en el corazón de la madre, es en ella donde recae la fortaleza de los hijos que dará a esa nación que demanda una fe patriótica.

La madre resguardadora, la vigía de la patria tiene un centro, el hogar y, éste se define en ser de acuerdo a Mistral (1997:6) “es un lugar sagrado, un templo vestal, un altar del corazón, guardado por los dioses domésticos, ante los cuales nadie puede comparecer sino aquellos que pueden ser recibidos con amor”, para reafirmar, “Y

dondequiera que vaya una verdadera esposa, el hogar está siempre en torno suyo. Pueden lucir las estrellas sobre su cabeza; la luciérnaga en la hierba de la noche fría puede ser el único fuego a sus pies; pero el hogar existe donde quiera que ella está”. La lección se trastoca en versos y ata aquella madre a un espacio en el universo, las aspiraciones del amor del hombre, el hogar y el encadenamiento generacional de la madre:

El ama

*Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser cómo mi padre era;
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fui como mi padre, y fue mi esposa
viviente imagen de mi madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!*
(Mistral,1997:7)

La Revolución Mexicana traía consigo una figura de madre, la demanda como lenguaje para asentar el sentido cultural y político de la nueva organización. Es en la Escuela Mistral, como lo plantea Schell (2009:184) donde dicha figura adquiere forma, en el reglamento de 1922 una escuela que educaría mujeres jóvenes e inteligentes para que llevaran una vida ordenada y racionalmente, esto reafirma y capacitó para el servicio doméstico como fuente de empleo. Los rasgos educativos que la distinguen es el disuadir a la elección de carreras profesionales, el inculcar el bien para todos sin distingos raciales o de partidos políticos.

Es una educación amorosa sin aspiraciones, plena de obediencia y capacidad de responder a una nación que requería madres.

De esta manera, la educación moral de las mujeres de acuerdo a Schell (2009:189) dimensiona varios rasgos: las exigencias de moralidad y el asunto de lo sexual era lo inmoral, el decoro conlleva a precisar que la problemática son los conflictos del pensamiento sobre el matrimonio como atracción sexual y relación de compañeros y, en ello da cabida al divorcio ante lo contrario de las ideas del matrimonio como el salvaguardor del honor de la familia. En ello la decisión de elegir en el matrimonio desde ese parámetro provocaba conflictos morales, a su vez, ingresaba en las controversias de una sociedad moderna en las exigencias de otra perspectiva de educar y con ello responder a los ideales de madre. Recordemos que posterior a la Revolución Mexicana se tiene una disminución de la población y, por otra parte la conceptualización de familia se trastoca ante los nuevos ideales del desarrollo social

Dos propuestas de madre se trazan desde el conocimiento de la experiencia social: en la primera la fuerza para educarse a través de los hijos y estos en ella, centrando como cualidades a disminuir el egoísmo, la ambición, lo injusto; y, el convocar al compromiso de estar en el mundo social identificándola estructura del Estado protector de la estructura familiar y la justicia social. En la segunda propuesta, las exigencias sociales diluyen las capacidades de la madre como ente de cambio, de transformación y es colocada en un molde de acti-

tudes requeridas por el mundo social: la de crear a esa madre asexuada, la que hace perpetúa la educación de lo inerte y la obediencia. En esta madre, no hay sin horizontes para buscar en su vivir, tan solo es estar en su refugio, el hogar y sus límites son cercados por sus respuestas al esposo e hijos.

La madre asexuada, una silueta idolatrada.

Esta madre asexuada trae al escenario un personaje de Elena Poniatowska (2007: 55-56) Jesusa Palancares, “Hasta no verte Jesús Mío”, sí, la mujer callada, porque siempre había estado a un lado de aquella piedra, el metate, diciendo, “fuera de los chiquillos, no tenía con quien hablar, solamente mi amigo era el metate”. Una mujer con una historia fantástica de la revolución y sus deseos fueron detenidos por aquel hombre que al vivir con éste reconoce los límites de ser esposa y madre. Desde el instante de contraer matrimonio por el infortunio de no encontrar pasaje para su tierra y aceptar en contra de su voluntad aquel hombre como marido.

Sí, es Jesusa la que confiesa “en poder de mi marido nunca me bañe porque ¿con quién andaba quedando bien?...con mi marido se me agusano la cabeza”, es ella propiedad de aquel hombre y su destino estaba trazada, la voluntad del marido era su caminar. Pero en su interior ser madre no era su inspiración, lo reafirma Poniatowska (2007:312) “yo nunca he deseado hijos ¡Para qué? Si con trabajos me mantengo yo. Pero al que dios no le dio hijos, el diablo les dio cosijos”. Así, Jesusa se define como una madre

seca, una madre mula, una mujer de trabajo, una madre que alimentó aquellos huérfanos que poco a poco fueron dejándola sola.

Visualizar esa contraparte de madre idolatrada asexual a la madre sexual, esconder a `esta última es tarea del relato humano encontrando un sitio la madrastra. Así Vargas Llosa (1988) en Los elogios de la madrastra, coloca a Lucrecia en esa disyuntiva de lo sexual en su figura de madrastra. La mirada de su hijastro, los besos intencionados, el espiarla entre la penumbra y afirmar “Ella es buenísima conmigo. Más bueno todavía creo, de lo que era mi mamá (1988:167).

Sin la figura de la madrastra donde recae todo aquello que en la madre no debe de existir. Pensar de manera erótica es permisible, ya que en ella se encuentra el jugueteo amoroso de lo sexual, así el hijastro se da esos límites sin sentir pena de ocasionarle maldad alguna “¿Por qué me daría pena? Sí hubiera sido mi madre, me habría dado. ¿Acaso lo era?

La madre adquiere en la asexualidad la pérdida del poder de la maternidad como lenguaje de reconocimiento social. Es en lo materno de ella lo que se puede descifrar como significados de pertenencia en el mundo social y político, sin embargo, la sexualidad es colocada en ese espacio inocuo de lo asexual.

La madre acepta esa ambivalencia, como forma de responder al mundo masculino que demanda la sexualidad de la mujer y al

reconocer lo asexual de la madre ingresa a la idolatría. En sí, es la madrastra el lugar de la sexualidad y la condena social.

La proclama, la pasión amorosa de la mujer madre: La Tía Tula de Miguel Unamuno.

De todas las madres ésta es la que traduce la protesta en silencio, su rostro se transforma en frustración, pero sus manos en la dulzura de un vientre. Llena de equívocos se transforma en la virtud de las madres, al negarse ser mujer su mirada se torna plena de suspiros. La Tía Tula, de Miguel Unamuno (2004: 45-54), la que afirma que “las mujeres vivimos solas”, aquella mujer que proclama “la mujer tiene que esperar ser elegida, y yo la verdad, me gusta elegir, pero no ser elegida”. Esto último es la proclama de esta mujer que lleva a transcurrir sus días en prodigar caricias a sus sobrinos huérfanos y en las noches apagar su pasión.

En esta madre la templanza es su cuerpo, lo coloca en este espacio de lucha donde el escudo a sentir la pasión de mujer es colocar al frente a los hijos, las madres no son arrebatadas por ese instante de las carnes, es vestida en ese compromiso social del cuidado maternal. La Tía tula emite el significado de madre mártir en el sacrificio amoroso. Sacrifico su amor por Ramiro el cuñado, a Don Juan, el médico lo alejo de su vida y reafirma sí la religión es masculina “masculino el padre, el hijo y el Espíritu Santo...Pero y ¿la madre? La religión de la madre está en: He aquí la criada del señor, hágase en mi según tu palabra” (2004:8). En sí, la Tía Tula es la protesta hecha madre

y la maestra que imparte lecciones sobre el cómo amamantar a los hijos que sin ser madre directa fortalecía los lazos familiares en esa unidad de hermandad.

La pasión guiada de la Tía Tula lleva en su interior la convivencia de mujer madre que permite organizar el mundo de la maternidad en el razonamiento amoroso de vivir en la reglamentación que desemboca en la renuncia de la pasión del cuerpo. Toda manifestación de atracción masculina encuentra una ruta para desencantarla, así estar en la ciudad le permitía estar en el bullicio y en éste “su convento, su hogar y en él la celda”, o bien, como lectora de Santa Teresa, lograba aniñarlos (Unamuno, 2004:71).

El desequilibrio social, de la madre asexual y la propuesta de mujer y madre sexual: Ana Karenina, Madame Bovary y María Antonieta Rivas Mercado.

La exigencia del mundo social es una madre que olvide cualquier rasgo de sentirse mujer, la exigencia es el olvido de la pasión amorosa por un hombre. Las narraciones de madres que incurren en este atrevimiento están plenas de una demanda para liberar ese cuerpo de madre y hacer emerger su equilibrio con el cuerpo de la mujer. Ana Karenina de Tolstoi (2011) sostiene una travesía de juicio moral ante la osadía de verse arrebatada de pasión por aquel apuesto militar y abandonar el hogar dejando esposo e hijo. Ella, la hermosa princesa, había colocado a la sociedad en la polémica de exponerse en lo público, a ser

infiel y una madre egoísta, el reclamo social cae sobre su rostro hasta llegar a su muerte.

Ana Karenina, no la salva su hermosura, aquel porte de mujer estaba condenada a no presentarse ante aquella sociedad. Para quien conocía la historia le era justo el rechazo, pero a los extraños dice Tolstoi, que “así con todo el poder de su belleza y elegancia, no podrían sospechar que aquella mujer pasaba por las mismas expresiones de vergüenza que un delincuente expuesto en la picota” (2011:339). Arrojada en ese suplicio su dolor es llevado en una carga moral que constantemente exige respuestas ante el mundo social. Dos vertientes trazan el vivir de Ana Karenina: la pasión amorosa por el hombre amado y la desesperanza como madre.

La carga moral traspone el goce de amar aquel hombre, para transformar su pensamiento en ese dilema constante de estar ante el hijo y explicar su proceder buscando la compasión del perdón. Ese constatoe re-primación la lleva a intentar entender esos amores que se encuentran en su devenir humano, agolpa el sentir por el hijo en exclamaciones ¡También a él creí que lo amaba! ¡Mi afecto hacía él me enternecía a mi misma! Sin embargo, he podido vivir sin él” para volver a esa desesperanza de mujer y su pasión “Si ya no me ama, si se muestra bueno y tierno conmigo solo por su deber, será el infierno; prefiero su odio....¡qué triste era amar y odiar al mismo tiempo! ¡Y cómo palpitaba su pobre corazón hasta despedazarse!” (2011:451). Esta manifestación caracteriza el llamado de lo femenino ges-

tando lo que Colegrave (2007:49) propone “lo femenino recibe, permite, transige, absorbe, disuelve, une, conecta y gesta”. Las heridas de Ana Karenina encuentran el camino para exponer y honrar el sentir femenino que disputaba un espacio en el actuar de mujer y madre.

Las demarcaciones sociales estrechan a Ana Karenina, la guían hasta la desesperación, “a dónde huir, Dios mío” (2011:453), sin el amor del hombre amado y su espíritu de madre resquebrajado, su caminar era la muerte. Aquel tren y su marcha estrepitosa marcaban su fin, de frente y segura, ya su vida se extinguía, ya no más tormentos ya no ver a quien la atormentaba, deseaba liberarse de su vida. Logró liberarse de esas amarras de la vida, “él ser castigado y yo libre de todos y de mí misma” (2011:454). Esa ansiedad de liberarse de la configuración de los principios que la demarcan hasta sucumbir por el arquetipo de lo femenino: sumisión y abnegación. En Ana Karenina se encuentra el germen de esa mujer negada en su potencial de construir el mundo a través de ser una madre con el potencial de la pasión. Es ella la fragmentación de mujer madre que convoca a la batalla de una nueva demarcación del concepto de femenino y masculino ante la maternidad.

Estaremos en una insistencia de esta convivencia de mujer madre y el enigma del desasosiego de la pasión amorosa. En Madame Bovary, Flaubert (1999) deja entrever esa imposición de una madre en búsqueda de la pasión sexual. Es Emma la que cautivo aquel médico de pueblo, que poesía entre sus cualidades la humildad y la ternura.

Emma la madre, la que bautizo a su hija con el nombre de Berta como el de la condesa, en sus aspiraciones de ese mundo de la realeza. Convencida que la pasión de su esposo Carlos, Flaubert (1999:46) deja entrever la primera contradicción de mujer pasiva “no era exorbitante”, extendió sus horizontes a otros hombres, donde la pasión la hiciera vivir este mundo, hasta llegar al hastío de la costumbre. El mundo de ella giraba en esa constante de tristeza argumentada como una enfermedad que se presentó en voz de Emma “después del casamiento” (1999: 102). Su devenir de pasión en pasión decae al final en ese sentimiento de pesar que solamente la muerte logra apaciguar, no persiste el amor de madre, impera el amor de mujer.

Sí de mujeres madres hablamos, María Antonieta Rivas es colocada en este pedestal, en A la sombra de Ángel (Blair, 2009). La historia de una mujer madre, capaz de vivir una época de revolución, de confrontar esa demarcación limitada para las mujeres y crear su espacio para vivir. Qué pregonaba esta voz, desde su interior la fuerza de madre se desborda en la interrogante ¿Cómo podía acusarla Albert de ser una madre incapaz si su corazón desbordaba de amor por este niño que ambos habían engendrado? Pero quién es María Antonieta Rivas, qué lugar ocupa en el mundo cultural del México posrevolucionario y, la interrogante sustancial.

María Antonieta, tenía una actitud para la vida, en el centro de lo cultural de su época, Blair (2009:510) reafirma un aspecto fundamental que “era una dama tan poco

común”, en la convivencia con los personajes que construían el hacer cultural de la modernidad, cercana a los políticos se empeñaba en ser escuchada “le recordé que los mexicanos habían depuesto las armas y que ahora deberían dedicarse a una revolución cultural”. Es ella la que marca el vértice para entender ese nuevo escenario donde hombres y mujeres emprenden la batalla para entender al nuevo país. Una mujer que establece su lugar de protesta en el divorcio, una mujer que propaga la idea de no atarse al matrimonio, sino de continuar en el vivir.

Una mujer en la batalla de estar en el mundo social, sus pasos eran en ese pelear constante de sueños y admiraciones, Blair (2009:514), le da sentido al pensamiento político al decir del personaje, “admiro al señor Vasconcelos. Si las mujeres pudieran votar, yo votaría por él”. La figura política del hombre arribaba al pensamiento de aquella mujer, Escuchar a Vasconcelos arrebatada el pensar de esa mujer capaz de ser quien propuso el Departamento Folclórico”, donde la cultura indígena encontraría un reposo de presencia, la que impulso el grupo ateneo, la que entrelazo a ese grupo de artistas y el sentido del México y su Revolución cultural.

No es de extrañar su pasión por aquel político que llevaba en su mirada todos aquellos sueños de Antonieta, Blair (2009:517), subraya el sentido político “El había declarado que sí ganaba, daría el voto a la mujer”, llamado “El maestro de las Américas” y la gran interrogante “¿Sería posible un presidente de orientación cultural? Esto último la em-

briaga en esa tarea de lograr lo que sueño la hacía estar construyendo cada reducto cultural para el México moderno. En Vasconcelos se sumaba las aspiraciones de una nación, Blair (2009:525) extiende el sentir de “Una visión, un sueño estaba empañando los ojos”, esto envolvió la pasión estaba en el mundo de la cultura y la política, el espacio que ella iba construyendo.

¿Y su papel de madre? Envuelta en la política y la cultura se lo llevo consigo, esto lo retoma Blair (2009:532) en un compromiso de madre maestra, “quiere que recuerde esta campaña como un suceso importante en la historia de México”, lo hizo caminar a un lado de ella para escuchar su latido y sentir sus pasos. La madre que late en su interior lo extiende en su amor a vivir construyendo ese mundo y, en éste se encuentra su hijo. Resume Blair (2009:629) todo el sentido político llevarlo a su destino donde el sueño se evaporaba, la mujer culta capaz de emprender un proyecto cultural, aquella que decide intentar transformar desde la política, la que emprende el compromiso del voto femenino, sí es aquella mujer que leva a su hijo a lo recóndito de su vida, lo hace vivir cada momento, cada amanecer y anochecer en ese sueño.

Es la madre que le da aquel adiós al hijo en la promesa de su regreso, la que le pide no olvidar ese día de la partida. Blair (2009:505-622) la traza en el momento cúspide de su tarea, en la que afirma “En el fondo soy una maestra”. Es aquella mujer que en plena soledad despertó de la ensueño y decidí morir, ya que el mundo soñado que pretendía extender para dárselo a

su hijo y a todos los hijos y, ser un espacio arrullo en las manos de todas las madres, la había minado, extinguido hasta en su último suspiro. Ya no más sueños, morir lleva el alivio, ya su espíritu estaba exhausto de confrontar al mundo, ahora tenía un deber, para dejar Blair el último rasgo (2009:622) “tengo una cita que no puedo llegar tarde”, ese día se suicida en la catedral de Notre- Dame.

La madre maestra en la vida: Las uvas de la ira

Si de iniciar se trata es con John Steinbeck, *Las uvas de Ira*, la ternura enraizada en la cruenta batalla plena de decir y hacer en las historias de las mujeres, emerge en la narración una secuencia convocada de eterna madre. Y, decir ternura entre la batalla de sobrevivencia es encontrar las voces que describen a un personaje madre, “Su rostro visto en conjunto, no era tierno, sino sereno, iluminado por cierta bondad consciente. Sus ojos de color avellana parecían haber experimentado toda suerte de tragedias y haber pasado por el dolor y el sufrimiento antes de llegar a la calma y comprensión sobrehumanas que ahora poseían” (2005:78).

Este personaje posee el aprendizaje de la bondad, considerando desde el acontecer narrado en la novela, esto no es atributo de la naturaleza, es de la evolución social y no recae en cualquier mujer y hombre, son las madres las que llevan esa herencia social. Son ellas las portadoras de lo consciente de la bondad, de sus barricadas que fortalecen a la humanidad. En ellas la lección de la

bondad tiene una didáctica, el padre y los hijos no reconocerían daño o temor hasta que ella marcaba la importancia del sufrir y en contraparte, el reír era por todo lo insignificante. Recluido el efecto de bondad en la figura de la madre es lenguaje tejido para ella y negado a otras figuras, confundido en lo natural con las predisposiciones de un discurso, a lo que Amoros (2005:237) llama un proyecto-proyectado, estándar al que las mujeres son destinadas.

La madre como personaje la lleva a una libertad medida en el conocer, aceptar, desear su posición en la ciudadela que conforma su familia. Qué decir de su autoridad como maestra en ese espacio familiar, “podía confiarse en su imperturbabilidad, y de su posición grande y humilde en la familia había adquirido dignidad y una belleza tranquila. De su posición de médico de alma sus manos se habían hecho más firmes, serenas y calmadas; de su posición de árbitro de todas las cuestiones de la familia se había hecho tan remota e infalible en juicio como una diosa” (Steinbeck, 2005:78). No es un personaje añadido, es la precursora de un viaje de sueños, es la madre poseedora de educar el entorno que lo dimensiona a un conocimiento para conocer y reconocer la humanidad. Desde su ciudadela que resguarda transita al mundo al encuentro de los otros que en su misma adversidad demandaban sus dádivas.

Sí se retoma en el sentido del discurso que configura a la madre en una línea prodigiosa de factores similares, esto sería en apariencia un elemento más, pero Steinbeck (2005), intenta trasladar a su perso-

naje al recóndito de la singularidad de líder que campea la migración, donde cada día se trasladan a lecciones para vivir.

Convoca a reconocer que existe en la figura de la madre la inversión del pensamiento desde el vientre y los primeros pasos de mujeres y hombres en un conocimiento del lenguaje de la vida que deja huellas para aprender en la fecundidad de los acontecimientos sociales. Un factor a subrayar es el sentido que se le da al valor del amor, en el centro coloca su mirada desde su interior para posarlas en los otros en la tarea de hacer vida.

Llama a la batalla de reconocernos en esa travesía llamada vida y, en ella se tiene una pedagogía donde las primeras letras manan de sus pechos y manos, sus sonidos es el reconocimiento de inicio de la gran batalla.

Vemos en este personaje la conjunción de mujer y madre en un atributo dotado de identidad, de justicia, de sabernos parte de la humanidad.

Es en la búsqueda de entrelazar el sentido de madre en el espacio de vernos y sentirnos en el mundo social y, ser ese sentido el punto de significados.

Un factor a tener en cuenta, es el impacto de un discurso que fragmenta el significado de madre con el entorno de hombres y mujeres, puede verse a la manera que Amoros (2005:91) lo define, en lo desarticulado de la relación, donde la soldadura de cada una con cada una de las otras refiere a las características adjudicadas por el discurso de los otros.

Por lo tanto, en la novela, la propuesta de una madre que establece eslabones con los miembros de la familia se estrechan en los eslabones de madre a hija en referencia de madre y maestra para la vida, no es de extrañar el final en su última lección. La hija y sus pechos plenos de leche, único alimento que latía en torrentes y aquel rostro del hombre donde el hambre se aposentó como ritual de muerte, toda una escena sostenida en la mirada de la madre.

Pero que decir, de ese intercambio de miradas de madre a hija y el hambre del aquel cuerpo ante los pechos que derramaban el líquido de vida y aquella expresión de la hija, Sí.

La madre sonrió, para pronunciar, sabía que lo harías. ¡Lo sabía! (2005:494). Ese entrelazar el sentir de madres entre las mujeres, proyecta una configuración de los valores persistentes en su construcción de una cultura que resume la imagen de dadora de vida en el plano natural, para proyectarlo a la dimensión del plano social como dadora de una magnificencia de inspiración discursiva que coloca el ser madre un centro de compromisos de educación.

La solidaridad, la responsabilidad y el respeto por la vida son resultantes de lo biológico de ser madre reafirmada en la enseñanza social.

Encontrar las dádivas de madre a maestra, es marcar un trayecto de las narraciones que conduzcan a resignificar esa figura de mujer y su referencia en el discurso de femineidad y masculinidad. Recordando que ser madre y maestra, es un recuento de conocimientos sociales que proviene de la pedagogía

contenida en la experiencia del vivir en un contexto histórico.

La madre de la sociedad moderna: el emprender la búsqueda de mujer y madre.

Si en todas estas obras, a la madre se le trata con un conjunto de rasgos que la van configurando a través de la historia y la literatura; en Paula, de Isabel Allende (1994), vemos a una madre de carne y hueso, una madre toda fortaleza que ante la inexorable y lenta pérdida de Paula se reafirma como escritora, pero también como mujer, porque no hace a un lado su vida de mujer, pese a las largas separaciones de Willie, quien “teme perderle cuando ésta le confiesa que, “el dolor es un camino solitario” (1994: 125).

En medio del dolor y sobresalto por las crisis de Paula, hacer el amor entre lágrimas, es un signo de autenticidad entre ser mujer y madre a la vez.

En Paula, entre el dolor y el amor, se cruzan historias que dan vida a la mujer, a la madre, a la escritora, porque una vez cumplidos con los rituales sobre los cuidados de la hija enferma, sólo le quedan los recuerdos que acompaña de historias para cuando ésta se despierte.

En Paula se recrea esa sensibilidad de las mujeres madres de nuestro tiempo, amorosas, fuertes, con casta para desafiar a la muerte y con fuertes dosis de ternura que ahogan el dolor de quien sabe perderá al ser amado, un ser perdurable. Su hija.

Conclusiones

La figura de la madre constituye una figura donde confluye el aprendizaje biológico de las experiencias humanas en el escenario de los sentidos y, el vivir del mundo social en sus referencias políticas y culturales. Es en ella donde se emanan las creencias y valores que la humanidad va constituyendo en el escenario social como el lenguaje a interpretar del sentido biológico y social de la vida.

Una línea a considerar como demandante, es el sentido de ser el equilibrio de la vida para preservar el mundo social que habita y, que los hombres han fragmentado en la aceptación de una mujer madre que diluye el saber de la vida, el placer de saberse humana y la proyección de construir el mundo.

En sí, situar esta figura es emanar sus experiencias de madre maestra para entender e interpretar cada latido que el universo envía a la tierra. Por lo tanto, fragmentar la mujer y la madre desde las perspectivas sociales trae consigo la ausencia de entendimientos entre hombres y mujeres y, la constante del desequilibrio con el mundo social y natural.

Por último, el aprender de la mujer madre es llegar al punto de encuentro de los valores de solidaridad, justicia, responsabilidad y equidad que remite al encuentro de equilibrio entre el mundo natural y social. Por otra parte, las creencias de debilidad, dependencia, idolatría y de mujer nacida para madre devela ese encuentro con los valores y las necesidades de ubicar en el escenario reflexivo del cómo liberar ese cuerpo de mujer determinado en la ruta de ser madre.

Bibliografía

Allende, Isabel (1994). Paula, Plaza & Janés, Barcelona.

Amoros, Celia (2005), La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias...para las luchas de las mujeres, Cátedra, España.

Bermejo Barrera, Francisco, Javier González García, Susana Reborada Morillo (1996). Los orígenes de la mitología griega, Akal, España.

Blair S. Kathryn (2009). A la sombra del Ángel, SUMA, México.

Dey, Teresa (2007), Mujeres transgresoras, Punto de Lectura, México.

Eagleton, Terry (1983), Una introducción a la teoría literatura, FCE, México.

Flaubert, Gustave (1999). Madame Bovary, Imaginador, Argentina.

Gorki, Máximo (2007). La Madre, Nuevo Talento, México.

Heritier, Françoise (2007). Masculino/Femenino II, FCE, México.

Homero (2009). La Iliada, Editores Mexicanos Unidos, México.

Mistral, Gabriela (1997). Lectura para mujeres, Porrúa, Sepan Cuantos, México.

Poniatowska, Elena (2007). Hasta no verte Jesús mío, Era, México.

Saramago, José (2009). Caín, Alfaguara, México.

Schell, Patience A. (2009). "Genero, clase y ansiedad en la escuela vocacional Gabriela Mistral, Revolucionaria Ciudad de México", en Género, poder y política en el México posrevolucionario, Gabriela Cano, Mary Kay Vaughan, Jocelyn Olcott, FCE, México.

Steinbeck, John (2005), Las Uvas de la Ira, Porrúa, Sepan Cuantos, México.

Tolstoi, León (2011). Anna Karenina, Alianza Editorial, España.

Unamuno, Miguel de (2004). La Tía Tula, Porrúa, Sepan Cuantos, México

Vargas Llosa, Mario (1988). Elogios de la madrastra, Grijalvo, México.